

Somos los de ayer luchando hasta la victoria

Sobre lo que está pasando en la UNAM....

Lo que está pasando en estos días en uno de los epicentros sociales más importantes del DF es un movimiento inédito, nuevo para muchas y muchos de los que participamos en diferentes espacios organizativos en México. Es una marea de jóvenes -la mayoría nacidos a fines de los noventas y principios del dos mil- que ha decidido irrumpir de manera espontánea y contundente en una actualidad que tras la elección de AMLO parecía aquietada y sedada.

Repetir los diagnósticos tradicionales ("es una maniobra de la derecha para desestabilizar la toma de posesión de López Obrador") o las recetas de siempre ("frente único de estudiantes" o "construcción de una vanguardia estudiantil que unifique las demandas nacionales") no servirá de mucho en un escenario que precisa salidas nuevas, creativas, auténticas y en esencia radicales.

De nada servirá tampoco ahogar este grito genuino en una instancia de representación que probablemente no responda a lo que por debajo se está gestando. No ayudará tampoco la competencia por la "antigüedad militante" ni por la capacidad de dar respuestas generales a la coyuntura actual. No alcanza con denunciar la privatización de la educación o el despojo capitalista. En esto hay muchas más explicaciones que aún debemos construir, denunciar; muchas más figuraciones del futuro que debemos idear.

No es casualidad que este movimiento emerja por estas fechas: nuestros jóvenes asesinados, desaparecidos, torturados en la plaza de Tlatelolco hace 50 años aún esperan justicia, y los estudiantes que ayer colmamos los alrededores de la rectoría de la UNAM aspiramos a ser sus vengadores. Pero para lograrlo debemos ir más allá, más allá incluso de lo que el movimiento estudiantil y popular en 1968 proponía. Además de denunciar que el desmantelamiento financiero de la educación pública y la violencia generalizada por parte de los aparatos estatales son el problema de fondo, debemos comprender que tras esto se encuentra un entramado perverso de destrucción de nuestra cultura popular entendida en términos políticos, sociales, comunitarios. La falta de vida estudiantil democrática desde hace años, de verdadera construcción colectiva y de base en las distintas instancias de representación, la cooptación cotidiana por parte de las autoridades y de sus sistemas de investigación anquilosados y defensores del statu quo, así como también el elitismo en su máxima expresión y el aislamiento profundo de la enseñanza y la práctica académica con respecto a las necesidades y urgencias de nuestro pueblo, son reflejo evidente de las consecuencias -debidamente premeditadas- que incluso hemos naturalizado desde nuestro espacio de privilegio.

La actuación de los grupos de choque de la UNAM ("los porros") es una de las tantas expresiones que existen desde antes del '68 de las fuerzas de control del Estado, una "falla estructural" que ha sido el arma fundamental de sometimiento de nuestra población y que se ha repetido sostenidamente teniendo como ejes principales: la simulación por parte del estado ("su disposición al diálogo"), la planificación del delito o de los actos represivos y la movilización de los recursos públicos para cometerlos (financiamiento de grupos de choque, encubrimiento y protección a quienes perpetran los crímenes), el adoctrinamiento (la manipulación del pensamiento a través de la educación y los medios de comunicación, la insistencia en el acceso a la educación como elemento de distinción respecto del resto del pueblo, como medio para lograr el "éxito personal") y la destrucción de un grupo social que por su capacidad transformadora y su fuerza resulta imperante eliminar (la juventud).



Todo esto configura un terrorismo de Estado que se manifiesta de distintas maneras según el contexto social que deba atacar y se encubre detrás de las demandas sociales de "mayor seguridad". Claro que esto llama la atención cuando la aparición de los grupos paramilitares se da en una Institución pública como la UNAM, autoproclamada como la casa de estudios más importante del país (y hasta de América Latina). Institución que alberga a miles de estudiantes y que construye su grandeza a base de: la exclusión social, el entramado fino con el poder político, el legado histórico de una calidad educativa ya en decadencia y el apoyo financiero descomunal por parte del Estado nacional para el sostenimiento de este imaginario.

Por eso, el rechazo absoluto e inmediato a las formas convencionales y naturalizadas de todas estas prácticas debe ser la bandera que guíe nuestro camino. El rechazo a la paramilitarización -alimentada ahora por una Ley de Seguridad Interior que direccionará aún más el aparato represivo del Estado hacia el interior de nuestra sociedad.

La defensa de una vida estudiantil verdaderamente democrática, el repudio a la devastación cultural y al elitismo que promueve nuestra vida universitaria, la construcción desde abajo, desde dentro de los espacios educativos como formas de resistencia, pero también de autonomía y decisión del qué, el cómo y el para qué estudiar, deben ser los pilares de una nueva manera de práctica política, desde la raíz y con un horizonte común.

Seguir defendiendo consignas vacías que alientan un orgullo identitario que siempre fue propulsado por las élites de este país; exigir mayor seguridad (convirtiendo una demanda aparentemente elemental en la justificación inmediata por parte de las autoridades de un endurecimiento de los elementos represivos en todas sus formas); aspirar a ser de un momento a otro la vanguardia social que aglutine el descontento nacional, sólo servirá para aislar este movimiento del verdadero engranaje social, que excluye a las mayorías, que hunde más a los jodidos y que reduce a la miseria a quienes deben enfrentarse cotidianamente con la violencia, la pobreza y la negación rotunda al acceso a su propia cultura.

Los jóvenes podemos ser la manifestación enorme de la capacidad de reconstrucción de vida social, a pesar de los intentos de muchos años de individualización y de destrucción de la vida comunitaria que se ha venido gestando y arraigando. Los jóvenes somos depositarios por nuestra propia naturaleza de la rebeldía popular, y podemos favorecer el surgimiento de movimientos sociales más allá de las escuelas. El pliego petitorio que aceptó negociar las autoridades de la UNAM es un paso importante, y los estudiantes del CCH deberán asumir la responsabilidad de dicho avance. Sin embargo, es importante recalcar que las demandas que ese pliego contiene han quedado rebasadas por las manifestaciones que en estos días sucedieron dentro y fuera de la universidad. Es por eso que debemos responder con mayor claridad excediendo los reclamos sectoriales, exigiendo justicia por las agresiones, pero no a cambio de concederle nuestra seguridad a las fuerzas policiales y paramilitares de siempre, aspirando a construir un movimiento que tenga un horizonte político que comprenda la complejidad de nuestra cultura y nuestro país, construyendo con los sectores que han sido marginados y con los que expresan la verdadera identidad popular de nuestro tiempo.